

0.5
12
2

EDUCACIÓN

No. 114



ORGANO DE LA AIVEDE

ASOCIACION DE INSPECTORES Y VISITADORES DE
ESCUELAS Y DIRECTORES TECNICOS ESPECIALES

MAYO - 1943



SAN JOSE
COSTA RICA

SUMARIO:

INFORMACION GENERAL	Autor	Pág.
Nota	<i>La Ditección</i>	1
El Medio Geográfico y el Hombre	<i>Euclides Chacón</i>	2
MATERIAL ESCOLAR		
Los alimentos. El pejibaye.	<i>Lic. Fausto Burgos</i>	29
Lugar de Origen. Un poema para ilustrar el estudio del Perú	<i>Jorge Carrera Andrade</i>	34
Geografía Humana. La Pesca en Málaga	<i>Federico García Sanchiz</i>	36
El tráfico de Especies	<i>F. A. Kirkpatrick</i>	37
El Chapulín (Arreglo)	<i>Arturo Ambroguí</i>	39
Folklore Americano	<i>Olavo Bilac</i>	41
El Salvador, país agrícola	<i>Colaboración E. N.</i>	44
El sentido de la nacionalidad	<i>Ricardo Fernández Guardia</i>	47
Datos Estadísticos	<i>Dirac. General de Estadística</i>	48
INFORMACIONES VARIAS		
Concepto de Potencia	<i>Alfonso Goicoechea Q.</i>	51
Prueba de Cultura	<i>De Pasatiempos</i>	56
Junta Calificadora del Personal Docente	<i>Gaceta Oficial</i>	58
Junta Administrativa de Pensiones	<i>Gaceta Oficial</i>	62
Lista de Libros recientemente editados en Costa Rica	<i>La revista</i>	

EDUCACION

ORGANO DE LA ASOCIACIÓN DE INSPECTORES Y VISITADORES
DE ESCUELAS Y DIRECTORES TÉCNICOS ESPECIALES

No. 114

M A Y O D E 1 9 4 3

TOMO XXII

NOTA

La revista Educación procurará ofrecer a los maestros de Costa Rica, desde este número, tres secciones: la primera sobre ideas generales de educación, la segunda con material que pueda ser aprovechando en la preparación de lecciones, y la tercera, que ofrecerá noticias varias acerca de nuevos decretos y leyes, publicaciones recientes, acuerdos de la Junta de Pensiones y la Junta Calificadora del Personal Docente, etc.

Una forma de cooperar que mucho vamos a agradecer consiste en señalarnos los temas que conviene tratar según las necesidades propias de las escuelas primarias.

Conviene hacer constar en esta ocasión el firme propósito de distribuir la revista de acuerdo con el mes a que corresponde, aun cuando sea causa de aumento en los gastos. La Administración y la Dirección de la revista siguen siendo gratuitas; así, las cuotas de los maestros serán suficientes para cubrir los gastos de imprenta.

Toda crítica que se haga a la revista será muy bien recibida; sólo la crítica amistosa y bien-intencionada permitirá mejorar esta publicación cuya finalidad es servir a los intereses de la educación costarricense. La Dirección

El Medio Geográfico y el Hombre

Por Euclides Chacón M.

Aunque el propósito de la moderna enseñanza de la Geografía es revelar los valores naturales y humanos de cada uno de los puntos geográficos, por el comentario de aquellos factores que interesen a su existencia, como medio de apreciar, en visión de conjunto, su verdadera situación dentro del sector terrestre inmediato, al cual pertenece y vincula su dependencia, aun en algunas escuelas el estudio de la Geografía se inspira en viejos sistemas cuya actividad se reduce a la memorización de nombres, trazado deficiente de mapas y catalogación innecesaria de datos numéricos, de muy relativa eficacia, y que en vez de animar al estudiante, le desalientan exigiéndole esfuerzo inútil.

Se impone el nuevo espíritu pedagógico que inclina al estudiante a la investigación de aquellos elementos que en cada lugar han contribuido a su progreso, dictando sus normas sociales y formando su psicología; establecer conexiones de una localidad con otra de igual o parecidas condiciones naturales, y, con estudio más avanzado, extender esa conexión hasta los grandes conglomerados políticos y raciales, tratando, de este modo, de investigar en el secreto de la vida humana en función con la naturaleza. He aquí el verdadero y muy humano espíritu de la enseñanza geográfica.

Se comprende, entonces, que la Geografía, ciencia natural por excelencia, debe estudiarse siguiendo el mismo ritmo vital del hombre, puesto que la personalidad de éste contiene las características obligadas por el medio ambiente que le rodea, y en el cual habrá de pasar, por lo regular, la mayor parte de su existencia. Ese medio

ambiente está perfilado en modo muy principal por el medio geográfico.

Por consiguiente, la Geografía viene a ser ciencia de actividad múltiple y sus indagaciones, profundizadas, extendidas, pueden en determinados rumbos, invadir el campo de otras ciencias cuyo horizonte no marca límite preciso a sus extremos avances. Así, el estudio de un lugar no debe reducirse a una mera descripción de su aspecto exterior, sino que, humanizándolo un poco, debe penetrar las causas que determinan su fisonomía local como centro de actividades colectivas, enclaustradas en un mismo destino y animadas de un mismo propósito de lucha, cuyo escenario o campo de acción común lo constituye el medio geográfico propio; también informarse de las reservas naturales que descubran las posibilidades futuras, las bases de su prosperidad material. Es aquí donde la Geografía puede invadir otros sectores ajenos al saber humano, donde el ritmo de la investigación convenga a otras ciencias, tales como la Geología, la Minería, la Zoología, la Botánica, la Fisiología, etc.

Es de tal realidad la conexión de la Geografía con las ciencias llamadas naturales, que algunos autores han tratado de aprovechar esta circunstancia como base o centro de un sistema escolar del que derivan gradualmente las otras enseñanzas de programa, esto es, tratar de organizar un ciclo escolar, partiendo de un centro único, constituido por la Geografía, y avanzar con oportunas derivaciones hacia la Historia, la Geología, la Botánica, la Zoología y demás actividades de la escuela, con lo que se mantendría una correlación constante, eliminando las especificaciones horarias que tanto dividen la labor didáctica y que consumen mayor esfuerzo del estudiante.

"Desde el comienzo de mis estudios, expresa el doctor argentino J. V. González, comprendí su precioso espíritu sintético de todas las demás ciencias, siendo ella, desde luego, una *ciencia natural* por excelencia, como tal, de un alto valor educativo. Tan cierto es, que los autores llaman la atención, mientras reconocen la amplitud de su imperio sobre el mundo de las ciencias de la naturaleza, hacia el peligro de una expansión excesiva, que la llevaría a confundir sus

límites con varias de las que tienen sus dominios, clara e irrevocablemente deslindados, como la Geología, por ejemplo. . .”

El ilustre pedagogo argentino señor Mercante, dice lo siguiente: “La Geografía es la disciplina más *escolar* que pueda elegirse como base o foco de una expansión sistemática; y alguna vez anuncié la idea de que una de las experiencias más bellas y trascendentales, que pudieran intentarse dentro de la orientación científica moderna, es la de una organización de la enseñanza cimentada sobre la Geografía, y modelada y desarrollada de acuerdo con su contenido propio, sus derivados inmediatos y sus relaciones más íntimas, en el campo de otras ciencias ya definidas y coexistentes con ella.”

Por otra parte la Geografía es una ciencia social bien definida, puesto que realiza el estudio del medio natural histórico de los pueblos, su evolución material y moral que es la vida en su concepto de eternidad, y abarcando, por consiguiente, los fenómenos todos de la existencia, ya sea en sus particularidades (patria chica), ya sea en sus relaciones con el conjunto humano (patria universal.)

Muy antigua es la afirmación de que la Geografía es hermana de la Historia: juntas han venido desde los primeros tiempos y juntas crecerán, como ramas gemelas de un tronco mismo. La Historia, según su más moderna espiritualidad, comprende el conocimiento de la actividad del hombre a través de un sinnúmero de experiencias, hechos, consecuencias, cambios, etc., las causales que han modificado por edades su rumbo civilizador, impulsado su lucha, trazado el surco doloroso de su camino hacia la perfección; la Geografía abarca la extensión de la Tierra, conocimiento de sus grandes edades constructivas, los posibles orígenes, los fenómenos morfológicos que influyen en el relieve terrestre, las posibilidades de vida de cada región, las zonas climatéricas y de vegetación, los meteoros, en fin, todo ese “ambiente natural” que tanta influencia reviste en la existencia del hombre, siempre en lucha contra los obstáculos del mundo que se oponen a su afán de dominio universal. La Historia es el espíritu humano en acción y la Geografía su escenario grandioso. Es, pues, una ciencia viva, de nunca perdida actualidad, que jamás se detiene

en su marcha hacia el futuro, al mismo ritmo de inmortalidad del hombre, reflejo de Dios.

El estado presente del mundo explica por sí solo la importancia de la ciencia geográfica; efectivamente, la Geografía está en contacto con el mundo, pulsa el corazón de la Humanidad cualesquiera que sean los factores que determinen su desenvolvimiento.

Hoy las naciones no podrían mantener aquel "espléndido aislamiento" que inspiró la política inglesa y consolidó su poderío colonial y que enclaustra por milenios al Japón legendario. Existe una obligada interdependencia entre todas las naciones, pues los problemas domésticos han perdido ya su condición particular para conquistar el interés universal. Es una necesidad imprescindible a la cual no puede substraerse ningún Estado. Los asuntos privados de índole económico social, han abandonado su órbita doméstica e irradian hacia lo exterior, complejos y apremiantes. Las situaciones creadas por la expansión imperialista de las grandes potencias, interviene fatalmente en la estabilidad de la propia independencia de ellas. El dominio no puede ser hoy absoluto, como antaño, según la norma absolutista del XVIII. Al presente exige una política más liberal y habilidosa, capaz de conservar el principio de soberanía, aunque sujetando, en cierto modo, en lo económico, la metrópoli con la colonia.

Los países manufactureros dependen de aquellos que les proveen de materias primas. Estos, de los primeros. Se establece, pues, una dependencia mercantil que con frecuencia interviene en los asuntos internos de cada uno. Hoy al hombre, como a la nación, no le es posible mantener ese aislamiento fruto del individualismo del pasado siglo; le es preciso, por el contrario, salvar las fronteras locales e interesarse por las cosas del mundo.

Múltiples circunstancias, provenientes del proceso evolutivo de la Humanidad, le impulsan a salirse del estrecho aledaño de su patria chica, y penetrar el espíritu de nuevos países, conociendo y viviendo dentro de su indetenible corriente. Poco a poco, como el

árbol en otoño, pierde sus hojas, ha ido perdiendo su ciudadanía de aldea para sustituirla por la más amplia del continente.

El paisaje mismo que le circunda; los fenómenos atmosféricos, sus causas y efectos; la actividad comercial e industrial que propicia relaciones directas con otras gentes; la facilidad de las comunicaciones; la rápida trasmisión de noticias que tanto ha evolucionado desde el establecimiento del cable submarino y, sobre todo, del radio, el notable desarrollo del periodismo que trae hasta nuestro hogar el clamor del mundo; nuevas ideas, nuevos sistemas de gobierno, modernos senderos industriales, cambios doctrinarios en lo político y económico, negocios de toda índole cuyas consecuencias habrán de sentirse hasta en los más apartado países, hechos notables de grandes hombres, como vuelos transcontinentales y transoceánicos descubrimientos científicos, etc.; sucesos locales de interés general como fluctuaciones del cambio monetario, de precios en artículos de exportación, reformas arancelarias, exploraciones de cualquier género, tales como la búsqueda de petróleo, localización de nuevas tierras de labor, descubrimiento de aguas corrientes propias para el desarrollo de fuerza motriz, etc.; la emigración y la inmigración, agentes eficaces para el intercambio de relaciones, en el conocimiento de países extraños; esas y muchas otras razones que en la vida diaria despiertan interés, solicitan el estudio de la Geografía, ciencia de la Tierra y el Hombre.

El Medio Geográfico y el Hombre

La Geografía es ciencia de la naturaleza, hemos dicho, y está al alcance inmediato del estudiante; materia de observación y de relación, y aun de comparación; ella explica multitud de fenómenos ambientes que contribuyen a formar la estructura espiritual y moral del grupo étnico en determinada localidad; establece semejanzas y deduce normas generales entre regiones lejanas pero de idénticos o parecidos caracteres. El hombre reacciona frente a la naturaleza exterior e imprime a su vida la dirección que obligue el aspecto y re-

.....

cursos del lugar que habite. "La Geografía moderna—dice De Martonne—se afirma en el sentido de la ciencia de los fenómenos físicos, biológicos y sociales, considerados en su distribución sobre la superficie del globo, en sus causas y relaciones recíprocas."

Desechado, pues, el viejo concepto de ciencia de aula, la Geografía cobra su verdadero espíritu y expresa su propósito en esa clara definición del geógrafo francés. Los fenómenos de la naturaleza influyen mucho en el modo de ser de los individuos y sus costumbres. De ahí las diferencias de vida entre los pueblos todos. "Sin aprobar—expresa Dantín Cereceda—la exageración de ciertas escuelas, harto simplistas, que no vacilan en imputar totalmente al influjo del medio geográfico el fondo y las formas de todas las civilizaciones que, a lo largo de la Historia, se han venido sucediendo y reemplazándose en un mismo escenario, es evidente que las sociedades humanas, en ciertos hechos y aspectos parciales, reaccionan frente a los diversos estímulos de su paisaje circundante, muchas veces luchando contra el medio natural para procurarse acomodo, y otras coadyuvando con él para facilitarse bienestar.

De modo que el medio natural perfila el medio de vida del individuo. Frente a la naturaleza éste reacciona, construye o destruye según lo demande su necesidad, pero sin llegar jamás al dominio total; en ese afán modifica el carácter, traza sendero a su existencia y admite profundos cambios en su personal psicología. Así es posible explicarse que pueblos que habitan regiones inhospitalarias, tales como las árticas y algunos sectores de los desiertos irano-africanos, permanezcan casi en la miseria y llevan una vida de padecimientos, y pueblos que ocupan regiones mejor favorecidas disfrutan de gran prosperidad.

"No obstante—dice Dantín Cereceda—su longevidad y extrema complejidad espiritual, indios, chinos y anamitas, no han acertado todavía a prescindir de la fatal dependencia en que viven, con el mecanismo regular y periódico de los monzones". Asimismo los pueblos esquimales, cuya existencia no es más que un perenne emigrar de un campo a otro, en pos del sol liviano, de la pesca abun-

dante, sobre el suelo blanco, desnudo, hostil, expuesto a una cruel intemperie, son pueblos de condición miserable, desgraciada, reflejo de su naturaleza, y cuya civilización no alcanza más allá de las precisas necesidades físicas. El desierto de hielo es impropio para el desarrollo de ninguna de las actividades humanas, salvo aquellas pocas que importen a la caza y la pesca, funciones primitivas.

En las estepas o praderas, donde la escasa pluviosidad impide el sostenimiento de árboles forestales, la vegetación está constituida por la hierba, cuyo ciclo de crecimiento debe condicionarse a la corta época de lluvias. Las principales ocupaciones de los habitantes son la cría y domesticación de ganados. Y como su bienestar depende del rebaño, su vida se reduce a proporcionar a éste los mejores pastos. De ahí su nomadismo, que de manera tan principal ha contribuido a la forja de su carácter. "Como obtienen todo lo que necesitan de sus rebaños y no dependen en nada de los demás hombres, son orgullosos e independientes, desprecian la vida sedentaria, la agricultura y el comercio. Ningún adelanto se ha introducido en el oficio de pastor, que es lo mismo ahora que en el tiempo de Abrahán. De ahí que sean muy enemigos de innovaciones, apegados a la tradición, y muy poco progresivos en lo que se refiere a un cambio de vida. Con frecuencia pasan de la riqueza a la miseria por inevitables desgracias, como pestes en el rebaño, largos y rigurosos inviernos, prolongada sequía o tempestades repentinas. Su impotencia para evitar tales desgracias les hace fatalistas". (Herbertson.)

En los países húmedos del trópico, la vida humana es bien distinta. La naturaleza, brinda otras posibilidades al afán conquistador del hombre, que frente a la exuberante vegetación, la abundancia de ríos, la fertilidad de los terrenos, la riqueza de las maderas, las grandes fuentes de energía hidráulica, los inagotables depósitos minerales, etc., reaccionan favorablemente en su modo de ser y le torna optimista, entusiasta en sus empresas. Los hombres, entonces, no padecen ese escepticismo amodorrador característico en los pueblos que ocupan otras regiones menos favorecidas. A la tala del bosque y aprovechamiento de sus maderas, sigue el cultivo de las tie-

rras en los claros abiertos y, por consiguiente, la vida sedentaria, respetable, de amor tranquilo al hogar, de paciente y dulce disfrute de los dones agrícolas.

Todos los grupos humanos adoptan medios y costumbres más o menos en relación con la naturaleza que les circunda. El medio geográfico se impone hasta cierto punto en el perfilado psicológico del conjunto social, proyectando su influencia en lo físico y moral. Compréndese, desde luego, que dicha influencia no es absoluta, puesto que el esfuerzo humano logra imponer su acción en muchos casos, posibilitando la existencia hasta en regiones casi o nada dotadas, por ejemplo, las zonas polares donde la naturaleza parece dormitar eternamente, bajo los hielos silenciosos, o en el desierto en que la vegetación se nulifica por la perenne sequedad. En todas partes, si el hombre se lo ha propuesto, ha levantado su tienda. Pero esta virtud de adaptación no prescribe del todo la inevitable influencia que en su carácter y costumbres ejerce el medio geográfico. Dondequiera que la voluntad humana pretendió imponerse a la obra natural, no lo hizo sino con sacrificio. En todos los casos la región reclamó sus derechos y el hombre cedió algunas de sus prerrogativas, en virtud de la necesaria adaptación.

La Historia y el Medio Geográfico

La Geografía es base de la Historia. Toda historia debe escribirse considerando principalmente el factor geográfico. Los movimientos todos de los pueblos de la antigüedad fueron provocados por las condiciones del ambiente natural; éste motivó su gestación inicial y luego propició las grandes emigraciones con sus trascendentales consecuencias. Las fases históricas por las que hubo de pasar la Humanidad primitiva, en su marcha hacia la civilización, han tenido siempre su foco de realidad en el medio geográfico, factor modelador de primer orden.

A pesar de las varias fuentes de información de que se aprovecha la Historia para reconstruir la existencia antigua, tales como

monumentos, (pirámides de Egipto, templos de Filé y de Tebas, Partenón de Atenas, Coliseo de Roma, ruinas de Pompeya y Herculano, etc.), inscripciones sobre piedra o ladrillo, (piedras de Roseta, roca de Behistún), los libros sagrados antiguos, las tradiciones, etc., algunos aspectos, sin embargo, sólo pueden ser explicados por la influencia de las leyes naturales, y entre éstas, principalmente, aquellas que definen el medio geográfico, que modela siempre con más firmeza el alma colectiva primitiva. "Las condiciones del medio geográfico explican, a veces de una manera brillante, las causas de algunos hechos históricos, y un historiador que ignorase la Geografía, habría perdido el más sólido cimiento de su trabajo."

Nos referimos a los pueblos de simple organización social, entre los cuales empiezan a manifestarse los rudimentos de la civilización. En cuanto a los grandes grupos étnicos modernos, se podría asegurar que la influencia del factor natural es muy vaga, difícil de testificar en el tráfigo violento de la urbe. El progreso de hoy ha desplazado totalmente los caracteres distintivos de la simplicidad primitiva; hoy se vive artificialmente, de prisa, con disfrute de mecanismos e instituciones muy alejados de la norma sencilla, espontánea de una existencia natural, sin preocupaciones complicadas, ni grandes esfuerzos personales.

Vista la importancia que en el desenvolvimiento histórico, tiene el medio geográfico, podemos hacer dos distinciones fundamentales: *regiones sin historia* y *regiones con historia*. Entre las primeras están el desierto, el bosque virgen, la tundra, la estepa, las cimas de nieves permanentes, que aunque en apariencias son muy diferentes entre sí, presentan sin embargo, caracteres comunes: tierras que no admiten ninguna clase de labor agrícola y donde el hombre es impotente para todo progreso; tierras de naturaleza hostil, en que las condiciones ambientes son perpetuamente iguales. Constituyen los llamados *suelos primitivos*. "Los hombres que en ellas vegetan, más que viven, permanecen, generalmente, en estado nómada, y llevan una existencia pobre y miserable, limitada al logro del sustento dia-

rio. En estas regiones no se han formado nunca naciones importantes, ni grandes estados. Son regiones sin historia." (Izquierdo Crocilles).

Entre las segundas están los deltas de los grandes ríos y las regiones situadas en la vecindad de los mares templados, que parecen solicitar la vida humana. Son lugares de promisión, dotados admirablemente para la agricultura. En ellos nacieron la industria y el comercio, base de relación entre pueblos, y, por consiguiente, de asociación. Aquí el hombre encontró campo propio para sus actividades. A favor de las bondadosas condiciones ambientes organizóse en grupos cada vez más complejos y numerosos; así nació la ciudad; de la tribu pasó al pueblo, de éste a la nación. Las sociedades grandes, con sus consiguientes divisiones, por diferenciación de aptitudes individuales, trajeron la lucha, la fragmentación y derivación social hasta límites siempre en progreso. En estas regiones se fundaron los principales núcleos de civilización, como en el delta del Nilo, del Tigris y el Eufrates, el Ganges, el Indo, etc.), y aquellas regiones marítimas situadas entre las zonas polares y el trópico, dotadas de conveniente humedad y favorables para un cultivo intenso y remunerador, una vida estable y sus grandes beneficios espirituales. Así surgieron a la luz, preparados y fuertes, los pueblos mediterráneos, Europa en general, los E. E. U. U., Argentina, Chile, Uruguay y otros de la zona templada de América, el Japón en Asia. Cuando las hordas asiáticas invadieron la península europea, se encontraron con extensos bosques, espesos y sólo interrumpidos de vez en cuando por pequeños espacios abiertos, como puntos luminosos entre las espesuras verdes. "Poco a poco, siglo tras siglo, los bosques fueron talados y las tierras puestas en cultivo". Cara al sol prosperó la agricultura y con ésta los métodos y utensilios de labranza, la economía agrícola, la división del trabajo, el tráfico de productos, la repartición de las tierras, los sistemas de distribución, el acrecentamiento de riquezas, la construcción de vías, la edificación de ciudades, en fin, todo el mecanismo que ha dado fundamento a la sociedad actual.

El mar, que en un principio parecía obstáculo invencible, pronto originó la navegación, a cuyo índice progresivo acercó los pueblos cada vez más frecuente y estrechamente. Por eso los mares famosos de la historia son aquellos encerrados o vecinos a tierras templadas y tropicales, como el Mediterráneo, el Báltico, de Japón y de China, Archipiélago Malayo, el Atlántico y Pacífico. "La influencia de los pueblos marítimos ha sido siempre muy grande en la Historia. Desde que el mar, en vez de ser causa de aislamiento entre las costas, se convirtió en agente de enlace, el comercio marítimo adquirió enorme importancia, y los pueblos que supieron dominar el elemento líquido, lograron, generalmente, el dominio de las tierras adyacentes. Ejemplo de ello en la antigüedad, son los griegos, cuya espléndida civilización fué esencialmente marítima". En la Edad Media, son otro ejemplo los pescadores noruegos, que imperaban en el Mar del Norte, y también la República Veneciana, que casi sin apoyo en tierra logró dominar el Mediterráneo Oriental. En nuestros días, Inglaterra y el Japón, a pesar de su extensión territorial, se han enseñoreado de las aguas de Europa y Asia". (Izquierdo Croselles.)

De la historia de los pueblos orientales, (Egipto, Caldea, Persia, etc.), podemos deducir un hecho importante, base principal de los movimientos emigratorios que dieron nacimiento a las primitivas civilizaciones: la expansión de los pueblos pastores.

Todo el centro de Asia está constituido por una enorme meseta, la más elevada de la Tierra, y aislada del resto del continente por altísimas montañas, casi inaccesibles. Por el Norte, la Siberia desolada, por el Sur, el caos de cordilleras del Himalaya, fueron durante siglos barreras infranqueables para el hombre.

La gran elevación de la meseta y la carencia total de la influencia del mar, comunican a esta región temperaturas extremas y una constante sequedad, factores ambos que originan la estepa. Se producen inviernos largos, rigurosos, en que las nieves persisten sobre el suelo meses enteros, y veranos ardientes que agotan casi completamente la vegetación. En el corto período primaveral, la tierra se cubre de altas hierbas, de crecimiento rápido; la estepa pro-

duce flores en profusión, parece reanimarse, renacer como un inmenso y encantador jardín. Toda la extensión semeja una inmensa alfombra de tulipanes, lirios de todos colores, que los vientos mecen como una perfumada ola. Pero todo este cuadro sugestionante, regalo de ojos privilegiados, desaparece, cual sahárico espejismo, con la llegada del estío abrasador e inmisericorde.

El relieve de la meseta asiática no es uniforme, sino que desciende en escalones hacia el Norte y Oeste. De modo que la Primavera no llega regularmente en todo el país, y mientras en los sectores bajos la hierba cubre los campos, en las cimas resplandece virgen la nieve. Por eso los hombres se ven obligados a trasladarse y levantar sus tiendas ahí donde el suelo les brinde alguna vegetación. Explícase así su nomadismo.

Sus oficios primitivos fueron la pesca y la caza; sobre todo, la última. Aquellos que ocupaban las márgenes de los grandes ríos alternaban ambos, pero siempre prefiriendo la caza por más factible e inmediata, y que practicaban, como es natural, por medios simplísimos. Cuando la caza faltaba se imponía el traslado. Algunas veces laboraban la tierra, pero de una manera rudimentaria y con insuficiente fruto, lo que no les invitaba a fijarse.

Con el transcurso del tiempo los pueblos de la meseta fueron diferenciándose: unos, poseedores de fértiles tierras que producían lo suficiente para sus ganados y personas, abandonaron poco a poco la caza y se hicieron sedentarios. Adictos a la tierra, formaron grupos de alguna organización. "Estos rudimentos de sociedades sedentarias, constituyeron el fondo de población de los grandes imperios de Oriente". Otros continuaron vagando por la estepa propiamente dicha. Conservaron, pues, su nomadismo, obligados por la carencia de buenas tierras agrícolas. Esto les condujo a hacerse pastores. De cazadores a pastores hay alguna diferencia; pero si se considera las facilidades que prestan las llanuras para la cría de ganados, se comprende la razón de este cambio. Poseedores de rebaños, se convirtieron en capitalistas, es decir, dueños de algo que sí constituía un bien trasmisible y susceptible de aumentar. Los rebaños,

como es natural, se multiplican, producen pieles y alimentos, acrecientan el patrimonio de su poseedor. Cierta es que pueden disminuir a causa de pestes o cualquier otra circunstancia imprevista e inevitable; pero es cierto, también, que mientras eso no suceda el rebaño es un capital que produce buenos rendimientos. Un rebaño es, pues, un instrumento de progreso individual que proporciona carnes, leche, pieles, etc., el sustento de la familia.

Para asistir sus ganados el pastor domesticó el caballo, animal admirablemente adaptado a las condiciones de la llanura; se sirvió de él no solamente como silla personal, sino que también lo ocupó en el traslado de sus útiles y muebles, facilitando su peregrinación periódica. La domesticación del caballo permitió, además, las grandes expediciones en masa o con carácter de conquista, que en pueblos de índole sedentaria hubiera sido casi imposible. Las hordas bárbaras que asolaron en la Edad Media el Imperio Romano de Occidente, llegaron a los llanos danubianos y recorrieron en todas direcciones los países latinos gracias a la rapidez de sus bien dirigidas caballerías.

Los pueblos pastores no conocieron la propiedad particular de la tierra, puesto que ésta abundaba y no había objeto en poseerla, sino en aprovechar sus pastos, el crecimiento de los cuales sólo es controlado por la temperatura regional, de una manera periódica y sin la ingerencia humana. El cuidado de sus rebaños los movió a agruparse y prestarse ayuda diariamente, de modo que el individualismo estaba descartado como organización social. Obligados por el medio circundante a llevar una vida en común, lentamente fué organizándose la comunidad; las tribus se gobernaron por el sistema patriarcal. La conducción del grupo a través de la estepa, el saber guiarla y conocer el momento oportuno de emigrar, alcanzar los mejores campos, proteger el rebaño, etc., fueron funciones del más viejo y experimentado de sus hombres, y, de ahí, el jefe, el patriarca. Una tribu se une a otra tribu para formar las grandes caravanas, cuyos traslados extendieron los dominios en la llanura y aun invadieron otros países situados fuera de su zona.

Ahora bien ¿qué motivaba el movimiento de tales caravanas? Muchas razones existen. Obsérvese en primer lugar que todos los años las condiciones ambientales no han de ser idénticas, bien porque el atraso de la estación obligue a emigrar más temprano que lo acostumbrado, bien porque el rebaño necesariamente engrandecido, aumentase los cuidados y exigiese el trabajo de mayor número de hombres, por el progreso de natalidad de la tribu, la cantidad y calidad de los pastos que suscita nuevas preocupaciones, en fin, cuantas circunstancias, inherentes a su vida nómada, pudieran presentarse imprevistamente o por desarrollo normal del grupo, e impelía a ocupar otras localidades mejor favorecidas. Otras veces, la aparición de un jefe hábil y ambicioso que con el ascendiente de un ideal religioso o con la promesa de un rico botín conducía a la guerra contra pueblos sedentarios, dueños de riqueza y de fértiles tierras, lograba imponer su autoridad y convertir las caravanas en legiones de conquista. Esto explica la existencia de Atila al frente de los Hunos, o de Mahoma, con sus huestes fanáticas, enarbolando el pabellón del Profeta.

Esta organización de la caravana tenía, fatalmente, una gran debilidad interna. Como no eran resultado de una evolución, sino formación circunstancial por voluntad de un jefe competente, desaparecido éste, la fuerza intrínseca terminaba y la caravana concluía por dividirse y languidecer en grupos menores, menos fuertes. Por eso es que los pueblos pastores no pudieron constituir jamás un imperio duradero, sino hasta que la tierra, más propicia para el cultivo y mejor pagadora del esfuerzo desplegado en su laboreo, logró fijarlos y convertirlos en sedentarios.

Es lógico que las caravanas no habrían de atravesar sino regiones aptas para el pastizaje. Debían rehuir o contornar zonas desérticas, que ninguna utilidad prometían. De manera que las rutas seguidas han de estar caracterizadas por la sucesión de las llanuras a lo largo de los continentes, medio favorable para su peregrinación constante.

Varios rumbos puédense indicar para sus probables rutas.

Partiendo todas de la meseta central de Asia cítanse las siguientes: una, que baja desde el Tíbet Septentrional, cordillera del Altai, faldea el Tian Chan, atraviesa el espacio abierto entre los Urales y el mar Caspio, y alcanza las llanuras danubianas, con éstas los planos húngaros, exuberantes en pastos; otra, que parte del Tíbet Occidental, evita por el Sur el nudo de Pamir, bordea al Norte los desiertos iránicos y se bifurca en la región meridional del Caspio en dos ramales: el primero, que alcanza Asia Menor, y, a través de los estrechos turcos, Europa del Mediodía, y un segundo, que se dirige al Sudoeste, hacia la Mesopotamia y costas arábicas, y aun, por el antiguo istmo de Suez, al delta del Nilo; y todavía un tercer ramal que se desprende del umbral oriental del Irán, cruza hacia el Sur y llega a la India. La tercera ruta, menos frecuentada y más antigua, se dirige hacia el Norte desde el Altai y se interna en la desolada extensión de Siberia. La cuarta ruta, iniciándose en el Tíbet central, contornea por el Norte el desierto de Gobi y alcanza la China y otros países amarillos; por último, una quinta ruta partiendo hacia el Nordeste, atraviesa diagonalmente la llanura siberiana, llega al estrecho de Bering, y, salvando éste, invade las planicies norteamericanas. Este es el camino seguido probablemente por los primitivos pobladores de la América del Norte.

La importancia histórica de los pueblos pastores no empieza sino cuando éstos abandonan definitivamente la estepa, y logran situarse de un modo estable en aquellas comarcas en que el cultivo agrícola o el intercambio comercial son posibles. Entre las rutas anteriormente citadas, una, sobre todo, nos interesa para explicar la fundación de los primeros núcleos civilizados: la que partiendo del centro asiático alcanza por el Sudoeste la Mesopotamia, Arabia y Africa. Es una ruta que atraviesa "países muy secos" en que alternan los desiertos con los oasis". Naturalmente, la vegetación en el desierto únicamente es posible en estos últimos y está representada por bosques de palmeras, perdidos aquí y allá en la ardiente extensión, como jalones de jornada que invitasen al pueblo errante. Pero el caballo, que tan preciosa utilidad presentaba en la estepa, en el

desierto, falta de pastos, hubo de abandonarse. Le substituyó el camello, admirablemente dotado para resistir la sed y la fatiga de su inhospitalaria zona. Sin embargo, sus hembras no pueden proporcionar, como las del caballo, la leche suficiente para el sustento del grupo, lo que pone a éste ante la alternativa de cultivar la tierra y fijarse o ambular de oasis en oasis, en tránsito mercader.

La existencia del oasis permite que el desierto no esté deshabitado. En sus *sectores de vegetación* los hombres no tardan en fijarse dedicándose al cultivo por regadío de plantas forrajeras y de algunos cereales, sobre todo, de trigo, uno de los más antiguamente conocidos, "planta preciosa cuyo hallazgo ha sido una de las más útiles conquistas para la humanidad."

Los pobladores de la estepa se alimentaban, principalmente, de la leche que obtenían de sus ganados, el sustento de los cuales les obligaba a trasladarse periódicamente de un extremo a otro de la estepa, en busca de los nutritivos pastos, pero en el desierto, medio geográfico diferente, el hombre hubo de recurrir al cultivo del precioso cereal, cuando se fijó en los oasis, lo que le permitía una vida sedentaria con provecho y esperanza. Con el cultivo del trigo empiezan a formarse los primeros núcleos de población por su facilidad para comunizar en grandes secciones su cultivo, por una parte, y resistir grandes y largos almacenamientos. De ésto sobrevinieron las diferencias sociales entre ricos y pobres, es decir, entre previsores que supieron guardar el grano, e imprevisores que derrocharon el producto de sus siembras. También el trigo ejerce considerable influencia como artículo de cambio, base del sistema monetario que tanto impulso ha dado al comercio en todos los tiempos.

Pero el oasis es pequeño, limitado, de escasos recursos, insuficiente para sustentar al total de sus pobladores. El trabajo agrícola no basta a una agrupación cada vez mayor, en diario progreso y sin más medio que el reducido del oasis. Las gentes hubieron, entonces, de ocuparse en otros oficios para poder vivir. Pastores y agricultores a la vez, se hicieron tejedores de lana y curtieron pieles. De los oasis salieron telas, tapices, cuerdas, esteras, cojines, etc. Los

productos del oasis fueron, pues, de dos clases: de la agricultura y del oficio manual, y el intercambio de ellos entre uno y otro oasis, engendró activo comercio. El transporte y colocación de ellos se encomendó a las caravanas de mercaderes que desde entonces atravesaron el desierto en el sentido y distancia de los distintos oasis. El comercio desarrolló muy pronto las relaciones e intensificó la actividad humana, dando vida al desierto. La organización de tales caravanas no fué difícil puesto que para ello estaban perfectamente preparados por sus hábitos nómadas. Los oasis se convirtieron en puntos de avituallamiento y depósito de mercaderías. El desierto, el impenetrable desierto tan temido por siglos, fué al fin conquistado. En vez de un mundo de muerte, el comercio entre los oasis le convirtió en un mundo habitado, donde el esfuerzo del hombre encontró pruebas dolorosas pero valerosamente salvadas y vencidas.

Los grandes imperios de la antigüedad no fueron, en verdad, más que pueblos prósperos, engrandecidos por la fertilidad y la favorable situación de los grandes oasis. El delta del Nilo, el Bajo Egipto de la Historia, feraz como ninguno, fijó a su tierra a un pueblo emprendedor y tenaz, con un afecto que tuvo siempre algo de veneración religiosa; pueblo que acabó por encender, y esto por varios siglos, los fuegos de la civilización. El delta está admirablemente situado entre los desiertos arábigos y los del Norte africano; es un punto, una etapa imprescindible, una tierra de promisión entre dos vastos territorios, a donde obligatoriamente, habrían de converger las grandes corrientes humanas de Oriente.

Mientras el resto del mundo no poseyó otras vías para su comercio, o careció de ellas, los imperios de Oriente se mantuvieron con brillantez. Su decadencia comenzó cuando las poblaciones mediterráneas alcanzaron a sustituir por la marítima, la ruta del desierto, y el contacto con pueblos lejanos se hizo más expedito y frecuente. La colonización extendió sus dominios y la riqueza y diversos intereses colectivos transformaron las instituciones y trazaron nuevos rumbos al hombre. De ahí el predominio de Grecia y de Roma.

De lo expuesto en las páginas anteriores se desprende la gran

importancia que en el desarrollo histórico de los pueblos pastores, tuvo la *estepa*, medio geográfico bien determinado, y la suerte que corrieron los grandes imperios de Oriente, esto es, Egipto, Caldea, Persia, etc., hasta su completa decadencia cuando otros pueblos lograron oponer como vía comercial el mar al desierto. Es decir, al variar el medio natural, torció el rumbo de la Humanidad.

Por muchos siglos el hombre ignoró las grandes ventajas que le reportaría el mar como vía de transporte, no solamente entre los países inmediatos, situados en su misma zona, sino, también, para llevarle a otras tierras más templadas, más húmedas, más feraces, a cuya influencia tantas modificaciones introdujo en su vida. El mar fué el Mediterráneo. Esto nos lleva a considerar los pueblos marítimos de la Europa Meridional, fenicios, griegos, cartagineses y romanos.

Zona del Mar Mediterráneo

El mayor desarrollo de este mar es en el sentido de sus paralelos; esto hace que los países que lo bordean experimenten un mismo tipo de clima; además, existe entre sus costas una característica natural muy semejante: el litoral mediterráneo está constituido, en su forma más general, por una sucesión de estrechos valles, cerrados hacia tierra por cordilleras costaneras. De modo que el Mediterráneo se ofrece como un medio cuyos caracteres físicos observan gran homogeneidad. Ello no quiere decir que los primitivos pobladores de su litoral y tierras interiores inmediatas hayan desempeñado igual papel en la Historia; por el contrario, existen tres tipos de lo que pudiéramos llamar carácter étnico que han dado origen a tres formas de civilización bien definidas: la comercial, la agrícola y la constructora. La primera se formó, principalmente, en el *puerto marítimo*, la segunda, en el *valle*, y la tercera, en la *meseta*. Las tres fueron factores, en ciclo completo, de lo que se conoce como civilización mediterránea.

En las costas de Fenicia el hombre encontró el medio de su progreso, la navegación. Reducido el fenicio a su estrecha banda de

tierra entre el Líbano y el mar, tuvo a su frente el Mediterráneo, suave y acogedor. Además, la existencia de las islas griegas, los estrechos turcos, los cordones litorales del Adriático, las tierras insulares italianas, le indicaban el camino y estimulaban su espíritu aventurero. Perfeccionó el arte naval y con sus barcos, construídos con cedros libaneses, se lanzó a la conquista de los países vecinos, primero, y después, a la de todo el Mediterráneo y aun de aquellas regiones situadas más allá de las Columnas de Hércules en pleno dominio atlántico: costas del Báltico, de Inglaterra, por el Norte, y de Guinea por el Sur.

La situación misma de Fenicia era excepcional entre los dos grandes imperios de Egipto y Asiria, cuyo comercio se hacía por tierra, de un modo lento y muy dificultoso. El mar ofrecía una ruta fácil y rápida. Pronto el mercader fenicio se apoderó de ese comercio y, poco a poco fué ganando el de las costas africanas, Italia e islas adyacentes. Del tráfico y la necesidad de almacenar los artículos objeto de ese tráfico, nació el puerto, de que son ejemplo Tiro y Sidón, en el Mediterráneo Oriental, Cartago, frente a Sicilia, Cádiz, Cartagena y otros, en España.

El fenicio no era conquistador, no ambicionaba dominios territoriales. Su afán era el mar, en viaje de compra y venta. Sus puestos no pasaban de ser almacenes y factorías que fundaban en lugares que le asegurasen orden y paz para sus transacciones. Comerció con los pueblos del interior, salvajes y belicosos, de cuyos ataques se defendía construyendo fortalezas y otros sistemas de seguridad.

Poco a poco fueron desposeyéndose de una verdadera patria para ganar el mar, que les facilitaba alcanzar su gran ideal, la riqueza. En el pueblo fenicio desaparece el tipo de familia patriarcal. La primitiva organización de los pueblos pastores hubo de transformarse al establecer aquéllos en el oasis, por las razones conocidas. El carácter de comunidad se debilita en el desierto, para desaparecer absolutamente en el puerto marítimo, porque en éste la ocupación

general, única, es el comercio, y el comercio es esencialmente personal. Desaparece también el arraigo a la tierra, base de estabilidad y fijación, porque no hay cultivo agrícola. Todo es transitorio; la ligazón es el mar, patria común en la cual todos pueden vivir y traficar. Pero no es suficiente para unir a un pueblo y mantenerlo atado a un ideal fuerte y profundo. Por eso el poderío fenicio duró poco, porque fué artificial, sin entronques que le aseguraran de los ataques de otros pueblos. Faltos de unidad, cada vez que la necesitaron, cayeron fácilmente. Cuando Cartago disputó a Roma el dominio del mundo, fué reducida a cenizas, y con ella Fenicia desapareció de la Historia.

Notamos que en este caso el medio geográfico también perfiló la psicología y género de vida del pueblo ocupante. El mar, libre, dió hombres libres; pero en esa libertad hubo una gran debilidad; la desunión. No construyeron nada estable, así como el mar que eternamente está construyendo y destruyendo en sus orillas, sin erigir nada fuerte, nada que perdure, a pesar de su formidable actividad.

El segundo tipo étnico lo tenemos en el griego. El litoral de Grecia, en efecto, presenta caracteres geográficos perfectamente mediterráneos: valles estrechos cercados por mesetas o montañas y de gran fertilidad. Además, no observándose en el Mediterráneo el fenómeno de las mareas, el mar, como en todas las costas del mundo, no impide que las arenas se acordonen en montículos, los cuales estorban el curso de los ríos, lo que origina la formación de lagunas o pantanos insalubres. Su presencia hizo que los pobladores del litoral prefirieran los valles interiores que la propia orilla, para levantar sus poblaciones.

Como la agricultura bastaba a sostener a la colectividad y aun permitió el acumulamiento de cierta riqueza, los moradores de esos valles se gobernaron independientemente de los valles vecinos. Constituyeron pequeños Estados muy prósperos. Sólo se acercaron al mar, cuando el exceso de producción obligóles a desplazarse y dedicarse al comercio. Algunas veces acordaban alianzas con los

pueblos limítrofes, sobre todo cuando les amenazaba algún peligro de invasión. Es el caso del pueblo heleno, tan dividido, pero tan fuerte en ciertos períodos. Esa división se mantuvo durante todo el ciclo histórico en que Grecia impuso su supremacía política. Por otra parte, además de sus divisiones intestinas, los Estados griegos hubieron de lamentar otra calamidad, la de las incursiones de los pueblos montañosos circunvecinos. Esto provocó el sistema militarista, basado en la educación del ciudadano que habría de convertirle en un soldado perfecto. Esparta no fué más que una inmensa fortaleza, donde cada uno sabía su puesto y estaba dispuesto al sacrificio. El clima mediterráneo se prestó admirablemente para ese fin.

Ahora bien, expuestos los moradores a constantes ataques, no pudieron organizarse sino en grandes grupos, en grandes recintos fortificados. De aquí el nacimiento de la ciudad, centro mayor de actividades y grandes luchas cívicas, porque estas ciudades griegas estuvieron libres del despotismo imperial que pesó siempre sobre los grandes centros urbanos de Oriente. Con la libertad vino la República, la liberación cívica del ciudadano. Al contrario de las orientales, círculos de comercio, generalmente, las urbes griegas fueron centros de verdadera cultura, donde el individuo era independiente para discutir y dictar las leyes y seguir las corrientes intelectuales que más le agradasen.

La necesidad de fortificar sus ciudades les convirtió en constructores. La proximidad de los pantanos les llevó a erigir acueductos y sistemas de desagüe, con el propósito de aprovechar nuevas tierras de labor o sanear los campos. La construcción fuerte y tosca evolucionó hasta el maravilloso arte arquitectónico del Partenón y la Acrópolis, y la estatuaria en los mármoles de Fidias y Praxiteles.

Los primitivos invasores de estos valles vinieron del Norte, arios procedentes del Sur de Rusia. "Estos pueblos encontraban en las tierras fértiles de los valles, una gran facilidad para la vida. Las pendientes de las montañas cubiertas de árboles frutales, se prestaban al atractivo trabajo de la recolección, y después de la ruda exis-

tencia de la estepa, la raza aria desenvolvía la gran vitalidad que había de llenar de ideas el mundo futuro."

El tercer tipo pertenece a pueblos que ocupaban las tierras altas que rodeaban los valles mediterráneos. Son mesetas poco aptas para el cultivo, debido a la sequedad de su clima, y, además, su escaso desarrollo sólo admite la vida pastoril en pequeño. Sus pobladores no vivieron aislados como los pastores de las mesetas de Asia; por el contrario, se relacionaron con frecuencia con los pueblos ricos y adelantados de los valles marítimos. Esto modificó un tanto sus costumbres rudas. Repartidos por el territorio en pequeños grupos o tribus, se hacían la guerra entre sí, o aliados, invadían por temporadas los pueblos sedentarios. Al revés de éstos, que al enriquecerse probaron el lujo, la vida de regalo y artificioso, lo que les condujo a la decadencia, los habitantes de las mesetas se mantuvieron rudos, sencillos, valientes y belicosos. La riqueza de sus vecinos acabó por excitar su codicia y de aquí sus frecuentes incursiones sobre los valles.

Ahora bien, esa vida seminómada hubo de sufrir la influencia de aquellos que expulsados de los valles, buscaban refugio bajo sus tiendas. Sucedió que las luchas intestinas que con frecuencia padecían las ciudades marítimas, obligaban a los vencidos a expatriarse. Naturalmente, en contacto con las tribus interiores comunicaban sus odios y venganzas, pero al mismo tiempo, eran portadores de una mejor civilización.

Obligados a defender constantemente sus ganados y bienes, en ese ambiente de inquietud y riesgos, los pueblos de la meseta hubieron de vivir en pie de guerra. De la simple defensa pasaron a la ofensiva, para apoderarse de los bienes ajenos. En sus empresas debían, necesariamente, ser guiados por un jefe hábil y afortunado. De ahí nace el plan guerrero, característico de estos pueblos, y que engendrará más adelante el bandolerismo, subsistente hasta hace poco en el Sur de España e Italia. En algunos sectores del Sahara aun persisten tribus cuya fuente de abastecimiento principal es el bandidaje.

Los diferentes eventos históricos de la Grecia primitiva, tienen por causa las invasiones de montañeses, bajados de la meseta hacia los valles marítimos. Tanto los aqueos como los jonios y los dorios, que formaron el núcleo de población griega posterior, procedían del Norte, e irrumpían en las tierras bajas, llegando hasta fundar puertos en Asia Menor. El poderío de Esparta y Atenas, asiento de la Grecia, fué abatido por la gran invasión de otro pueblo de la meseta, el macedonio.

Nos falta considerar un tipo que podemos llamar "medieval", puesto que desempeñó un papel principal en la Edad Media: los pueblos particularistas.

Si bien las invasiones de los pastores cubrieron casi toda Europa, Asia y parte de Africa, en los países escandinavos, especialmente Noruega, desarrollándose un tipo distinto, que aunque de origen muy antiguo, sólo entra en el campo de la Historia en la época de las Inveremos cómo de los fiords noruegos vendrá el nuevo tipo técnico Occidente.

Hemos visto cómo la estepa, engendró el sistema comunitario; veremos como de los fiords noruegos vendrá el nuevo tipo étnico particularista.

De todas las formas de costas la noruega ofrece un carácter distinto y casi único. Efectivamente, los Alpes Escandinavos, se alzan casi desde el borde mismo del mar, de tal modo que el litoral se reduce a pequeñas fajas limitadas por altas pendientes. Además, el mar penetra profundamente tierra adentro, perforando la montaña en muchas millas hacia el interior. Fórmase una corriente serena y honda, abundante en pesquerías, bordeada de altas murallas, casi sin playas, donde la navegación es fácil y al abrigo de los vientos; son los *fiords*. A pesar de su posición septentrional, que en ciertas regiones colinda y se mete dentro del círculo polar, las costas de Noruega gozan de un clima comfortable, debido a la influencia del Gulf-Stream que aporta hasta sus costas la tibieza de sus aguas. De manera que mientras en las bajuras marítimas reina un

clima favorable, en las altas tierras, los conocidos *fields*, se padece de rigurosas temperaturas casi todo el año. Esto concentró, desde un principio, en las orillas a los principales núcleos de población. Los fiords, pues, desde antiguo, fueron habitados. El clima favorable y la abundante pesquería, impulsaron la afluencia de gentes.

Sin embargo, la pesca sola no bastaba para la subsistencia, y el pescador hubo de recurrir al laboreo de los estrechos valles marginales, con el propósito de obtener algunos productos agrícolas. Pero la tierra de esos valles es escasa, y cuando la familia ha crecido mucho, no alcanza sino a medias, y, a veces es completamente insuficiente. Esto obliga a que cada vez que un hijo contrae matrimonio, debe emigrar y buscar otro sector del fiord donde establecerse. De aquí el sistema de familias aisladas, independientes, sistema en el cual el hombre no es ayudado sino por sí mismo; entregado a su propio esfuerzo e ingenio, debe buscarse el sustento sin el apoyo de sus padres. Grupos distantes uno del otro, hacen del fiord una patria común, pero dividida.

Debemos considerar ahora otra circunstancia que motivó, posteriormente, las expediciones lejanas: la insuficiencia del fiord para sostener una población numerosa. Las tierras de labor de un fiord llegaron a no ser suficientes para el abastecimiento de sus pobladores de aquellos alimentos distintos a los de origen oceánico, es decir, ganados y cereales. Había, pues, el deseo de nuevas tierras, para cuya posesión se organizaban grandes emigraciones. Se explican así las expediciones de los Vikings, que tanta influencia tuvieron en la Edad Media.

La escasez de tierras, la costumbre de vivir aislados, la necesidad de proporcionarse alimentos fuera de su patria, la facilidad que presta a la navegación el mar de los fiords, convirtieron al noruego en experto marino. Por eso se arrojaron con audacia sobre mares borrascosos, como el del Norte, e irrumpieron en los países bálticos y germánicos como verdaderos piratas, merodeadores del océano.

“La instantaneidad de su llegada aterraba a los pueblos y paralizaba la defensa. Pasaban saqueando e incendiando cuanto encontraban, y, después, volvían a sus embarcaciones para ir más lejos a hacer nuevos pillajes”. (Malet.)

Estas expediciones no lo eran en masa, como las de los germanos cuando se sintieron empujados por las hordas de Atila, y que penetraron en el Imperio Romano como refugiados, si bien después tales expediciones cobraron carácter violento y conquistador; las expediciones de los marinos noruegos fueron esencialmente guerreras, en que no tomaban parte las mujeres ni los ancianos. Sin embargo, algunas veces robaban las mujeres, o se casaban con ellas para fijarse en ciertos países de los cuales hacían su nueva patria. Aquí implantaban distinta organización social, reformando lo establecido por las invasiones bárbaras a Roma y basada en el establecimiento de granjas particulares, donde su poseedor cultiva la tierra independientemente de las otras y construye sus obras de defensa y de habitación. “Nace el señor campesino, que se rodea de *siervos*, que va a tener el castillo, el feudo, el poder. Y este nuevo tipo social se transmitirá a Europa y nacerá el feudalismo”, sistema característico del período medieval.

Hemos dicho que al nacer el señor campesino, la organización social derivó hacia el feudalismo. Lo veremos más claro en seguida. Las llanuras germánicas cubiertas de espesos bosques y de landas costañas de escasos pastos, fueron para los emigrantes escandinavos una tierra de promisión. En ellas se instalaron derribando el bosque y roturando el terreno, desecando los pantanos. Formaron granjas, como se ha dicho, donde el dueño obtenía todo lo necesario para vivir: granos, carnes, pieles, maderas, etc.; tales granjas constituyeron verdaderos dominios autónomos dentro del Estado general. Esto no puede subsistir íntegro, y el gobierno y disfrute de la tierra se traduce en feudos, más o menos poderosos y ricos. Ahora bien, los invasores noruegos, hechos al sistema particularista, que otorga independencia al individuo para buscarse el sustento y señalar rumbo

a su existencia, al llegar a los países germánicos como vencedores, hubieran podido como tales, de acuerdo con la costumbre, reducir a la esclavitud a los vencidos, pero en vez de eso, reparten las tierras, toman a su servicio a cultivadores y establecen el mismo régimen que imperaba en el fiord. "Así es que el trato de los vencidos fué muy otro, siendo distribuída a cada familia una casa y una parcela de terreno, con la sola obligación de pagar al vencedor una cierta cantidad de trigo, ganado, pieles, etc.; esto es, que el esclavo desaparece y nace el siervo. Es el primer paso hacia el feudalismo.

Según el régimen de dominio particular, la propiedad de la tierra hace de su poseedor un tipo sedentario, vinculado a su patria por intereses cada vez más estrechos. El espíritu nómada o aventurero que le sacó de los fiords, desaparece en el escandinavo poblador de los países germánicos. En la nueva patria la propiedad privada no se divide entre los hijos, sino que, siguiendo lo acostumbrado en el fiord, los hijos deben buscar nuevas tierras para establecerse. Acontece que con el tiempo la expansión progresiva de las tribus, llenaba todas las tierras disponibles en la región dominada, y el cultivador debía buscarlas en los países vecinos, apropiándose las bien por ataque en banda o bien por simple emigración pacífica en pequeños grupos. Pero en ambos casos la expansión era constante y estable. "Una vez puestos los pies en un dominio, se está sólidamente unido a la tierra; ya nunca se abandona". Esto explica la solidez de las nacionalidades que originaron de tales emigraciones, como la de los sajones en Inglaterra y lo de los francos en la antigua Galia.

Según el régimen comunitario el propietario rico no tiene arraigo suficiente a su tierra y marcha a los centros urbanos, donde pronto se aficiona a la vida ociosa y de regalo, mientras sus tierras son cuidadas por esclavos. De este modo abandona el campo y se asienta en la ciudad, donde interviene en el gobierno, ejerce la política, o vive oscuramente, de sus rentas. Poco se aristocratiza.

En el régimen particularista, por el contrario, el propietario no

abandona su dominio, dedicado a su cuidado y progreso; no le tienta la urbe, permanece en el campo siguiendo vida sencilla, saludable, ajena de artificio, preocupándose por cosas de la tierra, positivas, de alcance inmediato y práctico, sin malgastar sus haberes. Establece con otros propietarios, libres como él, ligas o sociedades que permiten organizar gobiernos fuertes y estables. A la primitiva anarquía sucede el orden, la regularidad, la seguridad y, por consiguiente, la solidez. "Cada hombre, en efecto, queda ligado a su superior, no por adhesión, personal tan fácilmente cambiable, por una disciplina militar, que rápidamente se pierde, ni por una idea religiosa o política, que pronto cambia, sino por otra cosa más sólida: la tierra. Un esclavo, un soldado, un correligionario pueden cambiar de amo, de capitán o de fe; pero un *siervo* está invariablemente ligado a su *señor*; no puede abandonarlo porque lo pierde todo."

Como es natural el régimen particularista sufrió grandes transformaciones en contacto con otros pueblos y estados sociales. En Francia el primitivo régimen de independencia individual derivó lentamente hacia el absolutismo de los Capetos; en Alemania, tendió hacia las instituciones militarizantes; en Inglaterra, gracias a su aislamiento, el particularismo no ha sufrido tan profundos cambios; mejor dicho, dentro del actual sistema gubernativo encuéntrase aún huellas del primitivo carácter particularista.

Siempre, en todos los casos, el medio geográfico ha informado la acción histórica. Los pueblos no han hecho, en su faz primitiva de evolución, más que obedecer al medio ambiente. Sus grandes movimientos, sus transformaciones, sus convulsiones originaron de las necesidades provocadas por la región. Por eso no es posible desechar este hecho capital si se quiere explicar muchos casos notables. El hombre ha construido el edificio de la civilización con materiales suministrados por el medio geográfico, en primer lugar, y ha reaccionado en la Historia conforme se lo demandaron las condiciones ambientales.

ESTUDIO DE LA NATURALEZA

Los Alimentos

EL PEJIBAYE

I.—*La planta*

Tallo y hojas: La palmera pejibaye tiene muy bonito aspecto: su tronco esbelto, que mide entre 15 y 30 cms. de radio, puede alcanzar una altura que varía entre los 15 y 20 metros, por lo que la planta se ve descollar en el paisaje. En el tronco, dispuestas en zonas anulares separadas unas de otras, se observan abundantes espinas delgadas y fuertes que tienen unos 5 cms. de longitud. En la cima están las hojas grandes, gentiles, que alcanzan a medir de largo entre 2 y 4 metros, de color verde oscuro, de forma *pinada* y con espinas esparcidas que cubren su *raquis*.

Flores y frutos.—Sus flores se presentan en racimos, protegidos por una fuerte *espata*, erizada de espinas, son de color amarillo claro. En una misma planta se encuentran flores *estaminadas* (masculinas) y flores *pistiladas* (femeninas); por esta razón la planta es *dioica*. Los frutos en racimos afectan una forma cónica oval; su tamaño varía entre los 3 y 6 cms. de largo, con un peso entre 25 y 50 gms. Hay frutos de cáscara y pulpa de color amarillo y otros de color rojo. Los frutos tienen una delgada cáscara adherida a la pulpa o carne; ésta es harinosa y fibrosa y constituye el 80 % de todo el fruto, en las especies que no tienen semilla, con excepción de la cascarita. En las frutas con semilla, lo que vulgarmente llaman el "coquito" del pejibaye, éstas afectan la forma del fruto y constan de una cáscara negruzca, muy dura dentro de la cual está la carne, de color blanco muy parecida a la del coco.

Sustancias contenidas en el fruto.—La pulpa del fruto como la de la semilla, son ricas en sustancias de gran valor alimenticio que se distribuyen en las siguientes proporciones:

Pulpa	}	humedad	50.0 %
		grasa	6.2 "
		proteína	3.0 "
		almidón	37.3 "
		ceniza	1.6 "
		fibra cruda	1.9 "
Semilla	}	humedad	43.0 %
		grasa	10.0 "

II.—Cultivo

El método más corriente y cómodo empleado en el cultivo del pejibaye es el de reproducirlo por medio de semillas, aunque ofrece la desventaja de no propagar la variedad sin semilla, llamada "pejibaye macho" y que es la clase más apreciada. La propagación del pejibaye macho se hace por medio de hijos que crecen alrededor de la planta madre y que el agricultor separa de ella y siembra en lugares propicios y sombreados para que arraiguen bien; una vez pegados prosperan sin dificultad. Cuando en la plantación se usan semillas hay que ponerlas a germinar en un lugar rico en humus, y hay que tener cuidado con las hormigas que con frecuencia llegan a destruir los brotes tiernos de las pequeñas palmeras. Dura la germinación unos dos meses al cabo de las cuales deben sembrarse las plantitas a una distancia de unos 6 a 8 metros entre una y otra y tener cuidado de regarlas abundantemente. En los climas templados o ligeramente calientes la palmera fructifica a los 6 u 8 años; en las regiones frías tarda más, unos 10 ó 12 años.

Según afirman algunos dueños de plantaciones de pejibayes, la palmera puede alcanzar a vivir hasta poco más de un siglo. La planta no se encuentra hoy en estado silvestre, aunque algunos científicos admiten que la palmera llamada "chonta" no es otra cosa que el pejibaye en estado silvestre.

III.—Usos.

En las regiones en que se da el pejibaye, nuestros campesinos usan su madera, que es fácilmente tallable y que se presta para pulirla muy bien, en la fabricación de banquetas y bastones que ellos aprecian mucho. La mejor madera para estos usos es la de las palmeras más viejas y secas. Pero el pejibaye se cultiva principalmente por el uso que se hace de sus sabrosos frutos que sólo son comestibles cocinados. Para prepararlos para el consumo se dejan cocer unas dos o tres horas en agua hirviendo bien cargada de sal de cocina, a la cual se le puede agregar manteca de cerdo o patas de res, lo que da mejor gusto a los pejibayes. En nuestros mercados, en la época de cosecha se venden los pejibayes cocidos y en algunas de las estaciones a lo largo del ferrocarril al Atlántico, principalmente en la de Tucurrique, los campesinos acuden a vender a los pasajeros racimos enteros sin cocinar.

IV.—Distribución geográfica

Las plantaciones más grandes de pejibayes se encuentran en la región de Tucurrique, región atlántica, caliente, de lluvias abundantes, de suelo fértil, situada a unos 1,000 metros sobre el nivel del mar. En toda la región atlántica el pejibaye crece muy bien, pero en la del Pacífico es escaso, aunque se le encuentra en Orotina y San Mateo.

La palmera pejibaye parece ser una planta propia de la flora americana y se extiende particularmente en las tierras continentales comprendidas entre Nicaragua y el Ecuador y en las islas de las Antillas.

V.—Historia.

Fué conocido el pejibaye desde tiempos remotos ya que los indios americanos lo cultivaron en gran escala. Sus frutos cocinados y conservados por el método del ahumado, fueron uno de sus más importantes recursos alimenticios. Además de consumir sus frutos los indios aprovechaban la pulpa para hacer una especie de chicha y la madera para fabricar arcos, flechas y lanzas. Los primeros espa-

ñosles que vinieron a América, conocieron el papel importante que el pejibaye tenía para los indios como alimento, de esto es prueba el siguiente pasaje de la historia de Costa Rica:

“El conquistador Sánchez de Badajoz fundó en la Costa de Estrella el puerto de Corotapa en 1545, habiendo realizado la conquista en perfecta paz y armonía con los indios quienes lo apreciaban y respetaban mucho. Poco después llegó Rodrigo de Contreras, quien había contratado en España la conquista de esta región, y atacando a Sánchez de Badajoz logró rendirlo y hacerlo prisionero. Para castigar a los indios que habían apoyado y defendido a su enemigo, ordenó a sus soldados la destrucción de *cincuenta mil* árboles de pejibaye. Este hecho ocasionó una terrible revolución en los indios.”

(María Jiménez L. “Contribución al estudio de las frutas de Costa Rica.”)

VI.—*El nombre Pejibaye.*

La palabra pejibaye, es una palabra de origen indígena; explica don Carlos Gagini que proviene de las palabras indígenas PIXBAY o PIJIBAY y que hoy nosotros decimos y escribimos “pejivalle” debido a la influencia ejercida sobre la palabra pijibay por las palabras “peje” y “valle.”

Esta palmera también ha sido designada con otros nombres indígenas tales como : Diké (cabécara), Dikó (bibrí), Suba-krá (brunca), Suuma (guatuso.)

En el Ecuador se le conoce con el nombre vulgar “Chontaduro”; en Colombia con el de “Gachpaes”; y en Venezuela con el de “Pirijao.”

VII.—*Sugestiones.*

Los alumnos pueden hacer un cartel ilustrado, resumen del estudio del pejibaye, en que dibujen: la planta, una hoja, un racimo, un fruto entero y otro partido por la mitad, mostrando la nuez; unos indios ahumando racimos de pejibayes. En este cartel puede